



## 14 ESTATIZACIÓN, NEO-LIBERALISMO Y PRIVATIZACIÓN DE LAS EMPRESAS PÚBLICAS

Los reformistas y la burocracia sindical dicen que están de acuerdo con la llegada de capitales foráneos, que no son otra cosa que el financiero que manejan las transnacionales y la red bancaria internacional.

Así queda planteado uno de los problemas fundamentales del momento que vivimos, tan estrechamente vinculado con la opresión imperialista.

La burguesía nacional de los países atrasados, si busca enriquecerse y potenciarse, a fin de poder competir con las grandes metrópolis en la conquista y control del mercado mundial, tiene que recurrir al estatismo y al proteccionismo, formas que tiene la clase dominante para poder defenderse de la voracidad imperialista y neutralizarla.

Normalmente la burguesía revolucionaria -dueña del poder económico, de la cultura y con enorme influencia política- ha cumplido sus tareas fundamentales desde abajo, a medida que se iba potenciando el capitalismo.

El aparato estatal y el derecho le han servido para legalizar, para convertir en norma jurídica de la sociedad sus intereses, lo realizado no pocas veces con ayuda de la violencia, de manera subversiva, etc. Excepcionalmente, algunas burguesías -por haber llegado tarde y para suplir algunas de sus deficiencias- recurrieron al Estado para cumplir algunas de sus tareas inaplazables.

De todas maneras, la burguesía usó el proteccionismo en su propio provecho y en perjuicio de sus competidores. Cuando contó con mucho poder fue proteccionista dentro de sus fronteras nacionales -esto para potenciar económicamente, gracias a la autoritaria distorsión de las leyes del mercado- y librecambista en el exterior. Esto todavía sucede en Estados Unidos de Norte América, que dentro de sus fronteras nacionales es proteccionista, a fin de precautelar los intereses de determinados sectores de la burguesía imperialista, e impone brutalmente la más amplia libertad de comercio en el exterior.

La burguesía boliviana es tan miserable que no pudo sacar toda la ventaja posible del estatismo y del proteccionismo, que en alguna forma le fueron impuestos por las masas. La corrupción se combinó con el inconfundible entreguismo e hicieron fracasar medidas que, bien utilizadas, podían haberle enriquecido.

La estatización de la gran minería -tan combatida desde dentro y fuera del país- constituyó una maniobra destinada a desvirtuar algo que fue impuesto por las masas dispuestas a acabar con la gran propiedad privada. Los que lograron controlar el aparato estatal, se limitaron a saquear las minas y Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos en su provecho personal y se agotaron en el empeño de volver a entregarlos al imperialismo.

Junto a parte de la minería nacieron empresas estatales; los empresarios privados se dieron modos para medrar a costa de aquellas. El Estado se convirtió en el más grande comprador y empleador. La burguesía saqueadora llevó una existencia parasitaria pegada al sector estatizado de la economía.

Los empresarios nativos vivieron largamente negociando con la moneda extranjera que la entregaban al Estado y sacando ventaja de las medidas protectoras dictadas en su favor.

Bien o mal, estatismo y proteccionismo actuaron como murallas que se oponían a la voracidad imperialista y se convirtieron en el símbolo de la soberanía del Estado, esto pese al servilismo y entreguismo de la miserable burguesía nativa.

¿Por qué entonces los gobiernos burgueses de turno se convirtieron en liberales a ultranza, en enemigos del estatismo y del proteccionismo, en campeones de la economía de mercado, del libre comercio sin atenuantes?

Por imposición de su amo, del imperialismo, ha concluido actuando contra sus propios intereses. Cuando la clase dominante -es el caso de la boliviana- entrega en malbarato las riquezas nacionales, las empresas estatizadas, facilitando la invasión de las transnacionales con un ordenamiento jurídico liberal a ultranza, quiere decir que voluntariamente se corta la cabeza.

Bolivia, convertida en hacienda de los capitalistas norteamericanos, se torna perjudicial para los intereses de los empresarios nativos.

Una burguesía que actúa de esta manera está condenada a perpetuarse como sirviente de la metrópoli opresora y saqueadora, como limosnera que siempre está pidiendo migajas a su amo.

La clase dominante nativa actúa contra la soberanía nacional y contra sus propios intereses, no otra cosa significa la libertad de comercio sin atenuantes, sin ninguna defensa frente a la competencia desleal de las transnacionales.

El proletariado -actuando también esta vez en defensa de los intereses nacionales- toma la defensa del estatismo y del proteccionismo, precisamente en esta época en la que la metrópoli, sedienta de ganancias y de semicolonías, busca apoderarse de todo el país.

La defensa del estatismo tiene que entenderse como la defensa del país frente a la agresión imperialista; como la defensa de la soberanía nacional. Ya sabemos, que primero se instalan las transnacionales, y seguidamente vienen avanzadas policiales y militares de la metrópoli, para concluir sometiendo al gobierno nativo en instrumento del poder político metropolitano.

Luchar en favor del proteccionismo significa declararse partidario de la supervivencia de la industria nacional, que importa lugares de trabajo y salarios para los obreros bolivianos y también pago de tributos en favor del Estado.

Los ideólogos de la burguesía sostienen que el proteccionismo se traduce en la elevación de los precios de las mercancías. El argumento es respondido por la escala móvil de salarios, que importa que se elevan en la misma proporción que los precios de las mercancías.

La libertad de comercio irrestricta perjudicó seriamente al campesinado al marginar del mercado su producción agropecuaria, que carece de capacidad de competir con la producción de tipo capitalista. Hay que advertir que el agro boliviano ya vendía sus productos por debajo de sus verdaderos precios, esto en beneficio del capitalismo, que así equilibraba sus costos.

La defensa de las empresas estatizadas es, en gran medida la defensa de la integridad y soberanía nacionales. Su venta a vil precio -la cuestión no variaría si se lo hiciese en condiciones sumamente favorables- significa apresurar la entrega total del país al imperialismo, destruir totalmente su soberanía.

Los gobiernos burgueses de turno -así como los reformistas que pudiesen haber- han convertido el liberalismo económico sin atenuantes la razón de ser, la esencia de su supervivencia. Se debe esto a la extrema debilidad como burguesía de unos y de su terca resistencia a no tocar la gran propiedad privada burguesa de los otros.

Esta es la razón por la que la defensa de las estatizaciones pasa a manos de las masas bolivianas que se mueven bajo la dirección política del proletariado.

La clase obrera defiende así la soberanía nacional, combate contra el imperialismo, no se limita a preservar las fuentes de trabajo, los salarios y algunos beneficios sociales. En otras palabras, con su

actitud permanece fiel al movimiento revolucionario que impulsa.

Los pequeño burgueses consideran que, con ayuda del interminable diálogo, podrán convencer al gobierno burgués para que deje de ser anti-estatista, por lo menos en parte. Otros buscan la misma finalidad parlotando en el parlamento y recurriendo a los tribunales de justicia. Todo esto es absurdo. La línea que sigue el proletariado es la única correcta: utilizar la acción directa de masas para doblegar al mal gobierno. La lucha contra la privatización, contra el libre comercio, etc., es una lucha contra la esencia del gobierno, contra su estabilidad. Únicamente partiendo de esta realidad se podrá lograr la victoria.

Los obreros defienden a las minas estatizadas y se orientan a ocuparlas, para mantenerlas en funcionamiento, sabiendo que los problemas que generará esta actitud obligará a los explotados a plantearse la necesidad inaplazable de conquistar el poder político.